

DON MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN, CARDENAL ARZOBISPO EMÉRITO DE TOLEDO

Se ha muerto un gran cardenal. El gran cardenal del último tercio del siglo xx en España. Todas las interpretaciones históricas son subjetivas, por supuesto. Y yo reconozco mi veneración por don Marcelo. Pero los hechos son los hechos y ahí están, avalando mi aserto. Dije, con motivo de su muerte, y no es fácil no repetirse después de haber escrito cuatro o cinco artículos en su memoria, que en el siglo xx hubo tres cardenales extraordinarios en la Iglesia de España. Hubo, ciertamente, muchos más pero, de imperecedera memoria, en mi opinión, tres. Marcelo Spínola, hoy en los altares, inolvidable arzobispo de Sevilla, Isidro Gomá, arzobispo de Toledo, el gran cardenal de la justificación de una España mártir, y don Marcelo González Martín, también arzobispo de Toledo, y el conservador fiel, en días de *potestas tenebrorum*, de la fe de una España secular.

Ciertamente hubo, en ese siglo, otros muchos cardenales, dignísimos los más, que al recibir la sagrada púrpura honraban a la Iglesia que los había enaltecido. Y a la que ellos habían enaltecido. Creo que no estará de más recordar a los cardenales del siglo xx entre los que don Marcelo descolló como figura inmensa. Prescindo de los curiales, entre los que hubo también figuras excelsas y alguna medianía: Merry del Val, Vives y Tutó, Larraona, Albareda, Tavera, Javierre, Martínez Somalo, y tal vez se me olvide alguno.

Fueron cardenales de diócesis españolas en este siglo xx—sus obispados los mencionamos en la sede en la que recibió el capelo y en las posteriores que rigieron—, Ciriaco María Sancha y Hervás, arzobispo de Valencia y después de Toledo (1894-1909), Antonio María Cascajares y Azara, arzobispo de Valladolid y nombrado, sin llegar a tomar posesión, Arzobispo de Zaragoza (1895-1901), Salvador Casañas y Pagés, obispo de Urgel y de Barcelona (1895-1908), José María Martín de Herrera y de la Iglesia, arzobispo de Santiago (1897-1922), Sebastián Herrero y Espinosa de

los Monteros, arzobispo de Valencia (1903), Marcelo Spínola y Maestre, arzobispo de Sevilla (1905-1906), Gregorio María Aguirre y García, arzobispo de Burgos y de Toledo (1907-1915), José María Cos y Macho, arzobispo de Valladolid (1911-1919), Enrique Almaraz y Santos, arzobispo de Sevilla y de Toledo (1911-1922), Victoriano Guisasaola Menéndez, arzobispo de Toledo (1914-1920), Juan Soldevila Romero, arzobispo de Zaragoza (1919-1923), Juan Benlloch y Vivó, arzobispo de Burgos (1921-1926), Francisco de Asís Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona (1921-1923), Enrique Reig y Casanova, arzobispo de Toledo (1922-1927), Eustaquio Ilundáin Esteban, arzobispo de Sevilla (1925-1937), Vicente Casanova y Marzol, arzobispo de Granada (1925-1930), Pedro Segura y Sácnz, arzobispo de Burgos, de Toledo y de Sevilla (1927-1957), Isidro Gomá y Tomás, arzobispo de Toledo (1935-1940), Enrique Pla y Deniel, arzobispo de Toledo (1946-1968), Manuel Arce Ochotorena, arzobispo de Tarragona (1946-1948), Agustín Parrado García, arzobispo de Granada (1946), Fernando Quiroga Palacios, arzobispo de Santiago (1952-1971), Benjamín Arriba y Castro, arzobispo de Tarragona (1953-1973), José María Bueno Monreal, arzobispo de Sevilla (1958-1987), Angel Herrera Oria, obispo de Málaga (1965-1968), Vicente Enrique y Tarancón, arzobispo de Toledo y de Madrid (1969-1994), Arturo Tavera Araoz, arzobispo de Pamplona y después curial (1969-1975), Narciso Jubany Arnau, arzobispo de Barcelona (1973-1996), Marcelo González Martín, arzobispo de Toledo (1973-2004), Ángel Suquía Goicoechea, arzobispo de Madrid (desde 1985), Ricardo María Carles Gordo, arzobispo de Barcelona (desde 1994), Antonio María Rouco Varela, arzobispo de Madrid (desde 1998), Francisco Álvarez Martínez, arzobispo de Toledo (desde 2001) y Carlos Amigo Vallejo, arzobispo de Sevilla (desde 2003). En la lista hay notables personalidades de la Iglesia, otros más anodinos y algunos penosos. Pues entre todos ellos sobresalen, en mi opinión, los tres que he citado. Sin subestimar a otros grandes cardenales como Sancha, Casañas, Aguirre, Guisasaola, Vidal y Barraquer, Reig, Segura, Pla o Quiroga. A los que aún viven no me quiero referir aunque creo que solamente uno de ellos podrá ser considerado entre este último plantel de purpurados que hemos citado.

Nació don Marcelo en Villanubla, pequeño pueblo de la provincia y archidiócesis de Valladolid que, cuando vino al mundo nuestro cardenal tendría unos mil quinientos habitantes. De familia modesta, su padre era un pequeño comerciante, ingresó en 1935 en el Seminario de Valladolid y concluiría sus estudios en la Universidad de Comillas, donde se licenció en Teología en 1940. El siguiente año fue ordenado sacerdote y comenzó en Valladolid una carrera eclesial fulgurante. Enseguida fue el predicador de moda en la archidiócesis y cualquiera que le haya oído alguna vez no tendrá la menor duda sobre ello. Fue uno de los grandes, y de los últimos, oradores sagrados de España. Y todo le acompañaba para ello, una voz espectacular, una magnífica talla, el gesto y la dignidad. Dije, en un artículo con motivo de su muerte, que había sido grande en todo. Créo que también puedo añadir que fue digno siempre. Y curiosamente esa grandeza y esa dignidad, alguien dijo que parecía un cardenal del Renacimiento, no coartaban para nada la proximidad. Porque sabía como nadie hacerse próximo. Tenía una sonrisa, que a veces estallaba en franca risa, que desde la primera vez que te acercabas a él te envolvía en seguridad y en afecto.

Pues ese cura joven, que hablaba mejor que nadie, se hizo con la Acción Católica vallisoletana y con los jóvenes y con los pobres. Eran días duros y trágicos. Y él se metió en ellos con todo su inmenso corazón. La labor que hizo en el Patronato San Pedro Regalado para dar vivienda a quienes no la tenían fue extraordinaria. Y de aquella experiencia intensísima le debió venir su lema episcopal: *Pauperes evangelizantur* (Los pobres son evangelizados). ¡Qué diferencia entre la acción social de este joven canónigo de Valladolid construyendo casas a los más necesitados y evangelizándolos con la de tantos otros sacerdotes que algunos años después quisieron corregir el lema de don Marcelo por un *Pauperes comunizantur!*

La fama del canónigo pronto saltó las fronteras vallisoletanas y el 31 de diciembre de 1960, con cuarenta y dos años, Pío XII le nombra obispo de Astorga, siendo entonces el prelado más joven de España, llevándole casi un año José María Cirarda, que había sido consagrado un mes antes obispo auxiliar de Sevilla. Y mantendrá don Marcelo esa característica hasta el 26 de julio de

1964 en que es consagrado obispo don José Guerra Campos, casi tres años más joven que don Marcelo

¿Y con qué obispo se encontró Astorga! Este pasado verano estuve allí. Pues "el obispo", seguía siendo don Marcelo. Y ya había pasado el largo pontificado de Briva y Camilo Lorenzo lleva casi diez años al frente de la diócesis. Incluso quienes no le podían recordár, pues hace ya casi cuarenta años que había dejado la mitra asturicense, hablaban de don Marcelo. El era el obispo de Astorga. Evidentemente se había creado el mito. Y quiero haceros pensar en algo que yo creo tiene mucho que ver con el mito. A nada que recordéis vais a comprobar que todos los cardenales son llamados por su apellido. Los más gloriosos y los más mediocres. En la historia y hoy. El cardenal Cisneros, el cardenal Mendoza, el cardenal Portocarrero, el cardenal Lorenzana, el cardenal Borbón... Y hoy, lo mismo. Segura, Tarancón, Carles... Todos. Todos menos dos. Qué curiosamente se llamaban igual. Don Marcelo. Don Marcelo de Sevilla y don Marcelo de Toledo. Aquella nadedad de arzobispo, por supuesto que me reliero solamente a su talla física, que aun hoy, a los cien años de su muerte, es el arzobispo de Sevilla por antonomasia. Ya en los altares. Yo sigo emocionándome cuando recuerdo que en sus últimos años, ya viejo y próximo a la muerte, una espantosa sequía llegó a Andalucía y la gente se moría de hambre. Literalmente. Y aquel arzobispo endenque, canijillo incluso, vendió lo poco que tenía porque, como era un santo, no tenía casi nada. Y la casi nada casi nada dio. Y la gente se seguía muriendo. Y entonces don Marcelo decidió salir a pedir limosna. Y a las nueve de la mañana, con su teja y su manteo, cuando en Sevilla ya se había pasado del calor a "la calor", dejaba Palacio y a pedir. Con la mano extendida. Por caridad. Y a veces, también por caridad, tenía que pedir un vaso de agua. Porque ya no podía más. Y se olvidaba de comer, porque sus pobres se morían, y llegaba la tarde y aún seguía el arzobispo por las calles pidiendo una limosna. Y le dieron, ¡vaya si le dieron!, los marqueses y las prostitutas, los ricos y muchos pobres, y hasta dicen que en el Ateneo Republicano salieron los masones y los anticlericales a depositar sus monedas en esa mano temblorosa que pedía por amor de Dios. En muchos quizá fuera lo único que en

muchos años habían hecho por amor de Dios. Y tal vez esa limosna, al arzobispo que tantas veces habían despreciado, les sirvió en el día tremendo para sentirse abrazados por Cristo porque un día tenía hambre y le dieron de comer. Se terminó el hambre en Sevilla y sus pueblos. Y cuando se supo la historia llegaron limosnas de toda España. Hasta del Rey. Claro que así se crean mitos. Santos mitos. Pues, lo que os decía. Sólo hay dos cardenales a quien todos llaman por sus nombres. Y los dos se llaman Marcelo.

En Astorga revolucionó la diócesis. Que dejó de vivir el catolicismo secular, mortecino e inoperante, para ser modelo de pequeñas diócesis activas y comprometidas. Pero don Marcelo hacía unas revoluciones muy especiales. Qué no destruían el ayer sino que, desde el ayer, levantaban el hoy. No ha habido obispo menos revolucionario en el sentido destructor, para desde el erial levantar algo, o intentar levantar algo, que don Marcelo. El levantaba desde lo existente, con lo existente, podando lo que fuera necesario podar para que el árbol multiseccular siguiera creciendo robusto y poderoso. Hasta que un día, el 21 de febrero de 1966, fue nombrado arzobispo coadjutor de Monseñor Modrego en Barcelona. Parece imposible que cinco años pudieran dejar tanta huella. Tanto recuerdo. Tanto mito. Pero lo dejó. El era así.

Barcelona fue su cruz. Como coadjutor y, en seguida (7/1/1967), como arzobispo titular. Fue a los suyos y los suyos no le recibieron. El nacionalismo catalanista se negó al entendimiento con un obispo español —eran los días del *volem bishes catalans*— y pronto se comprobó hasta qué punto estaba contaminada aquella Iglesia. Cuando casi cuarenta años después vemos el fruto de aquella "sensibilidad" eclesial, que ha conseguido convertir una tierra de santos en la región más secularizada de España, podemos comenzar a entender el inmenso error de aquellos clérigos que pretendieron poner la Iglesia al servicio del catalanismo como si Jesucristo hubiera venido al mundo para que se predicase el catalán a todas las gentes. Los protagonistas de aquello ya no son nadie. Secularizados no pocos, muertos bastantes, jubilados los más, los últimos incidentes en Vich, Barcelona y Tarragona apenas nos ha mostrado otra cosa que un gru-

púsculo en vías de extinción. Pero que apenas ha dejado nada de la ejemplar Cataluña cristiana.

Fueron sus años más tristes. De tristeza personal y pastoral. Lo intentó todo, comprometiendo hasta el límite de lo que podía comprometer. Y tal vez en alguna ocasión hasta sobrepasara ese límite. Pronto se dieron cuenta, los que le habían mandado a aquel avispero que aceptó por obediencia, que la situación era imposible y quisieron recompensar tanto disgusto con un retiro dorado: Toledo. Donde sucedió al cardenal Tarancón, que había sido trasladado a Madrid, el 3 de diciembre de 1971. Un año y pocos meses después (5/3/1973) era incorporado al Sacro Colegio por Pablo VI.

Toledo era una diócesis rural y tranquila, que había sido regida muchos años por un pastor sabio y piadoso, don Enrique Pla y Deniel (1941-1968). Los dos años que estuvo el arzobispado encomendado a Tarancón casi sirvieron para destruir todo lo que su antecesor había levantado y ciertamente el Seminario. Que prácticamente dejó de existir, al menos como centro de formación sacerdotal. Ese fue el primer reto de don Marcelo. Que tal vez escarmentado con los nulos resultados de su pastoral de concesiones en Barcelona se enfrentó a la crisis desde el primer momento. O buenos sacerdotes o nada. Y para aquello, tal como se lo encontró, mejor nada. Bastaron dos o tres años para que aquello fuera otra cosa. Muy distinta. Y, enseguida, cuando todos los seminarios, con escasísimas excepciones, se vaciaban el de Toledo crecía. Y poco más tarde era el seminario más numeroso de España y el paradigma de todos ellos. El prestigio que alcanzó fue tal que de muchas diócesis españolas e incluso americanas llegaban jóvenes que sólo querían ser sacerdotes de Jesucristo. Cosa que dudaban mucho poder conseguir en los seminarios de sus diócesis de origen.

El Seminario de Toledo pasó a ser referencia obligada de España, Europa e Hispanoamérica. No había nada igual. Pero no es que fuera un *primus inter pares*, no, era un oasis en el desierto. No quiero ser injusto con la meritorísima labor de algunos, muy contados, obispos en este campo. Luchando contra todo. Con mérito sobresaliente. Como don Pablo Barrachina en

Orihuela-Alicante o don Laureano Castán y don Jesús Pla en Sigüenza-Guadalajara. Pero lo de ellos fue más bien una heroica resistencia numantina mientras que lo de don Marcelo fue una Covadonga de reconquista ilusionada. Habría que esperar para encontrar otra cosa semejante. Que se dio muy cerca, con otro obispo extraordinario que ya goza también del encuentro con Dios: Don Francisco José Pérez y Fernández Golfín en Getafe. Y el ejemplo, extendiéndose como mancha de aceite, afortunadamente ha llegado ya a Madrid con otro obispo que también es una bendición de Dios: don Antonio María Rouco Varela. Que ha conseguido levantar, hasta el punto de ser hoy el primero de España, un Seminario asesinado.

Evidentemente esto no se logra con un talante o una sonrisa. Exige una atención preferente, un amor desbordado, la elección escrupulosa de directores, espirituales y profesores, presencia frecuente ilusionada e ilusionante... Hay una prueba del nueve de facilísima comprobación. Don Marcelo fue sobre todo un pastor. Eso prima en él sobre todo. Pero fue un pastor intelectual. Su sencillez era sabia. Y su bagaje de conocimientos muy crecido. Enseguida quiso que sus seminaristas, además del clero diocesano y de los seglares con preocupaciones intelectuales, conocieran a las primeras figuras del pensamiento católico y aprendieran de ellas. Están las listas de los que trajo a Toledo, de los muchísimos que trajo a Toledo. Pues es como si hubiera, dedicado horas y horas para buscar a los mejores, a los más seguros... No hay entre ellos uno dudoso, uno en conflicto con la Iglesia, uno que en vez de dar pudiera quitar a sus seminaristas y a sus sacerdotes. Y Toledo fue el centro de la intelectualidad católica de España.

Y todo ello en días difícilísimos. Cuando lo que se llevaba era lo contrario. Y lo contrario era lo que se valoraba en la Nunciatura y tal vez incluso más allá. Todo eso hizo que don Marcelo hasta sus últimos tiempos fuese minoritario y que en la Conferencia Episcopal no alcanzara los puestos que en verdad merecía. Porque que fuera presidente de las Comisiones Episcopales de Caridad (1966-1969), de Acción Caritativa (1969-1972), del Clero (1972-1978) y de Liturgia (1981-1990) me parece vergonzoso.

so para sus hermanos obispos. Nunca fue presidente ni vicepresidente de la Conferencia Episcopal. Los obispos de Dadaglio, de los que alguno queda incluso hoy, no le iban a votar. Y no le votaron. Y así tuvimos en la presidencia a Tarancón, Díaz Merchán, Suquía y Yanes que no le llegan ni a la suela del zapato. Y con todos mis respetos a don Ángel Suquía, que se los tengo.

Don Marcelo fue también el restaurador de la venerable liturgia mozárabe e hizo por ella lo que no había hecho ningún arzobispo de Toledo desde el cardenal Lorenzana, muerto hace exactamente doscientos años. Asumió, por conciencia de gratitud, compromisos que otros más obligados eludían aun sabiendo que en esos días no le beneficiaban nada y contribuían a dar de él una imagen "políticamente incorrecta". Me refiero a su homilía en el funeral por el Generalísimo Franco. Debió ser por aquello de que la Academia de Infantería estaba en Toledo. Como si se la hubieran encargado al obispo de Mondoñedo porque Franco nació en El Ferrol.

Y, sobre todo, fue el obispo a quien todos los católicos de España dirigían su mirada en unos penosos días de escándalos, claudicaciones, miserias y vergüenzas. El tenía la palabra oportuna, la orientación certera, la seguridad de la fe, la esperanza de días mejores, la oración y la piedad que en no pocos ni se advertían...

Voy a referirme ahora a dos hechos que reflejan la valentía de este castellano viejo, recio como su tierra natal, que sabía, como sus mayores, decir sí o no, cuando se requería. Algunos tienden a considerar valientes a los fanfarrones, a los que venga o no a cuento, hacen gala de que se comen el mundo y, generalmente, nunca se comen a nadie. El valiente es otro. Es el que se muestra como tal cuando es necesario mostrarse.

Y la ocasión llegó cuando se proponía una nueva Constitución para España. Don Marcelo seguro que no tenía la menor prevención a una Constitución, pero la que se propuso le alarmaba en algunos puntos. Y lo dijo. Lo cómodo, lo fácil, lo cobarde era haberse callado. Pues manifestó, con claridad meridiana, los aspectos de aquel texto que no le parecían compatibles con el catolicismo. El escándalo que produjeron sus palabras fue monumental. Y no sólo en los enemigos de la Iglesia. Asistimos

entonces a una vergonzosa carrera de despropósitos eclesiales en los que todos corrían a desautorizar al cardenal. El *tolle, tolle, crucifige* alcanzó tales proporciones que hoy, cuando vemos y lamentamos los frutos de la Constitución: pronto un millón de *nasciturus* asesinados en el vientre de sus madres, la familia destruida, la enseñanza religiosa en gravísimo riesgo, el matrimonio de homosexuales, la adopción por los mismos, los obispos insultados cuando abren la boca, la telebasura en todos los hogares..., no entendemos a quienes contradijeron al cardenal y nos parece admirable su pastoral.

Contra la pastoral de don Marcelo se pronunciaron públicamente, en lo que era un decidido aval de la Constitución, Tarancón, Bueno Monreal (Sevilla), Jubany (Barcelona), Yanes (Zaragoza), Palenzuela (Segovia), Suquía (Santiago), Rocá Cabanellas (Valencia), Peinado (Jaén), García Alonso (Albacete), Rouco (auxiliar de Santiago), Felipe Fernández (Avila), Araujo (Mondoñedo), Pont (Tarragona)... Más un número notable de teólogos entre los que estaban algunos que después serían obispos como Sebastián (Pamplona) y Cañizares (Toledo). Como para que ahora venga alguien a poner en duda la valentía y la responsabilidad del cardenal primado. Sólo ocho obispos, entre los casi cien de España, respaldaron a don Marcelo en su pastoral. Los demás o callaron o se pronunciaron en contra. Y, aunque sea un detalle casi sin importancia, sí quiero señalar que uno de esos obispos que se le manifestaron contrarios, un pobre hombre a quien habían hecho obispo de Albacete, don Ireneo García Alonso, enseguida se vio alcanzado por un parkinson galopante que en 1980 le obligó a renunciar a la diócesis. Pues todos los toledanos recordarán que, por bastantes años, mientras la enfermedad se lo permitió, don Marcelo llevaba a su lado en la procesión del Corpus, por pura caridad de su parte, a ese pobre obispo.

El segundo acto de valentía, de notable valentía, fue prohibir a dos ministros que habían legislado contra la doctrina de la Iglesia, que presidieran como autoridades civiles la procesión del Corpus. Si iban ellos no iría el cardenal. Y como sin el cardenal no había procesión, pues todos le habrían seguido en su ausen-

cia, pues a ocultarse en un balcón del Gobierno Civil en la plaza de Zocodover.

Podría contar muchos ejemplos más de la entereza y de la valentía de don Marcelo en muy diversas ocasiones. No podemos extender más estas líneas. Sólo recordar su hermosa y sentida homilía en el entierro de don José Guerra Campos. No se podía decir más, no se podía decir mejor.

La penúltima vez que vi a don Marcelo fue en el patio de la Academia de Infantería de Toledo. El día de la Patrona, hace tres o cuatro años. Su coche fue el único que entró en el patio porque ya andaba mal. Pero quiso ir. Porque había sitios a los que quería ir. E iba. Y llenaba. Fue bajarse del coche y todo el mundo comentó: ha llegado don Marcelo, ha llegado don Marcelo... Nadie había dicho nada de Bono, que creo recordar que también estaba, del general de la Academia, del alcalde, de un teniente general que había llegado a presidir el acto. Y que, una vez recibidos los honores, cuando se dirigía a su puesto de presidencia, al primero que saludó fue a don Marcelo. Cuando finalizado el acto se dirigía con paso torpe al lugar del desfile me acerqué a saludarle. Y en algún momento cogió con la mano que no llevaba el bastón mi brazo y se apoyó en él. Y me sentí feliz dándole aquel apoyo. Que no sólo era físico. Qué estupidez la física. Él era grande aun en su decrepitud.

La última vez que le encontré estaba de cuerpo presente. En la capilla de la Inmaculada del arzobispado. ¡Qué entierro! Cientos de sacerdotes, posiblemente quinientos. Sus seminaristas. Muchísimos obispos, bastantes de aquellos que no le votaban y le contradecían. Quiero pensar que no pocos arrepentidos. Y su pueblo. Su pueblo que lloraba. Porque él seguía siendo su cardenal. Don Marcelo. Hasta Bono iba visiblemente emocionado.

¡Cuántas contradicciones! Pero también cuánto amor. Qué duda cabe que le debieron doler las heridas. Hombre era. Pero no creo que haya habido obispo con más reconocimientos. Y él se sentía feliz en el amor. Porque amaba mucho. Cardenal de la Santa Romana Iglesia y arzobispo primado de España. Académico numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Real Academia de Doctores. Premio Castilla y León de las

IN MEMORIAM

Ciencias Sociales y Humanidades. Medalla de Oro de Castilla-La Mancha. Hijo predilecto de Valladolid. Medalla de oro de la provincia de Barcelona. Medalla de oro de Valladolid. Hijo adoptivo de Guadalupe y de Astorga. Medalla de oro de Toledo. Por donde pasó, con la excepción de Barcelona, le amaron. Muchísimo. Y yendo siempre él contracorriente. Llenaba todo. Llenaba todo de Dios.

Qué desde el cielo, nos siga amando. A su Iglesia, a su España, a sus sacerdotes, a sus seminaristas, a sus diocesanos y a todos a los que nos amó. Que en un corazón tan inmenso cabían inmensidades.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA